

ENTRE TODOS, TÚ

Olga Moreno Feledi

ENTRE TODOS, TÚ


ESDRÚJULA
EDICIONES

{COLECCIÓN **SÍSTOLE**}

Primera edición, noviembre 2017

© Olga Moreno Feledi, 2017

© Esdrújula Ediciones, 2017

ESDRÚJULA EDICIONES

Calle Martín Bohórquez 23. Local 5, 18005 Granada

www.esdrujula.es

info@esdrujula.es

Edición a cargo de

Víctor Miguel Gallardo Barragán y Mariana Lozano Ortiz

Impresión: Ulzama

«Reservados todos los derechos. De conformidad con lo dispuesto en el Código Penal vigente del Estado Español, podrán ser castigados con penas de multa y privación de libertad quienes reprodujeren o plagiaran, en todo o en parte, una obra literaria, artística, o científica, fijada en cualquier tipo de soporte sin la preceptiva autorización.»

Depósito legal : GR 1348-2017

ISBN : 978-84-17042-39-4

Impreso en España · Printed in Spain

A Víctor, por la magia que creamos juntos.
Por nuestro pack y nuestra historia.
Y por mi suerte, que hizo que entre todos fueras tú.
Te quiero.

El elegido

El pequeño Darío llora como loco, mientras yo me concentro en no quemar la cena, no matar al niño y no suicidarme metiendo la cabeza en el horno. Me acerco a él, que me mira desde la trona que difícilmente cabe en mi diminuto piso, que desde que él ha llegado a nuestras vidas está patas arriba. Me mira con los ojos encharcados y deja de llorar, pero no desaparece el puchero que lo caracteriza.

—Cariño, estoy intentando cocinar porque hoy tenemos un invitado muy importante, por favor te lo pido, no llores más. Has comido, has hecho tus cosas, ¿qué más quieres de mí? —le digo con vocecilla de haberme tragado un elefante rosa.

Mi pequeño me mira con cara de no entender nada. Pero cuando le hago una mueca, el puchero desaparece para dar lugar a esa risa que me llena el alma.

Continúo con la cena, intentando obviar lo que significa lo que va a pasar esta noche. Estoy atacada, pero el pollo no tiene culpa de nada, así que me concentro en hacer la cena.

—Amor —grito y él me contesta desde la ducha—. ¿Tardas mucho? Es que no puedo con todo a la vez.

—¡Ya voy!

De todos es sabido que en una cocina soy más peligrosa que un niño de cinco años. Pero, con el tiempo, no me ha quedado otra opción que aprender, y mi única especialidad ya no son solo los espaguetis con queso y la pizza precocinada. Ahora al menos hago cosas que no acaben con el *tipín* que he conseguido con sudor y lágrimas.

Noto sus manos rodeándome la cintura y su olor inunda mis fosas nasales. Me giro y, enredando mis brazos a su cuello, le doy un dulce beso.

Ha pasado un año y todavía sigue provocando las mismas sensaciones en mí que el primer día. Me imagino que de eso va el amor. O al menos eso es lo que me ha ensañado él que significa el amor.

—¿Te importa ocuparte tú? Para yo poder ir a cambiarme y prepararme —susurro entre sus labios mientras él aprieta mi cadera con sus manos. Qué guapo que está siempre que sale de la ducha. Dan ganas de arrancarle a mordiscos la toalla que tiene enrollada a la cintura.

—Claro que no, prepárate tranquila.

Me suelta y, antes de yo entrar en el dormitorio, le oigo decir:

—Hola, pequeñín, ya he escuchado que estabas portándote mal. ¿Qué vamos a hacer contigo, campeón?

Me doy una ducha y luego me decanto por un vestido ceñido de color azul marino. Me atuso un poco el pelo, me maquillo y después, tras pensármelo dos veces, me acabo pintando los labios de rojo.

No es que esté preocupada por gustarle, pero tras tanto tiempo quiero que me vea bien. Que vea que tomé la decisión indicada, a pesar de no haberle elegido a él.

Cuando sucedió todo aquello, en lo único que era capaz de pensar era en qué pasaría si estando con uno echaba de menos al otro, y me daba cuenta de que había elegido mal y ya era demasiado tarde. O si, peor todavía, estuviera con quien estuviese nunca estaría satisfecha con ninguno. Tenía miedo de estar enamorada de dos personas al mismo tiempo y no poder estar con ninguna.

Pero por suerte o por desgracia, ese no fue mi caso. Aunque no me disgusta la idea de mantener una relación con dos hombres como ellos. Dos Hombres con mayúscula. Porque no eran niños. Eran personas adultas que tomaron decisiones, acertadas o no, pero que siempre se hacían responsables de sus propios actos. Y creo que eso es lo que me gustó fundamentalmente de ellos.

Uno era más dulce pero fiero cuando tenía que serlo, y era capaz de parar su mundo por mí. El otro era rudo y borde pero, cuando se enamoraba, se entregaba por completo, sin miedo a nada.

En su momento pensé que si ellos dos formaran uno solo, sería el hombre perfecto con el que soñaría toda mujer, y algún hombre incluso. Ahora, echo la vista hacia atrás y no me arrepiento de nada de lo que hice, porque todo me hizo llegar hasta él. Hasta mi hombre perfecto. Vamos a llamarlo *El elegido* para no adelantar demasiado.

Esta noche viene el que ocupó mis sueños y fantasías en un pasado. Al *elegido* no le hizo mucha gracia en un principio. Y lo entiendo, que conste. No tiene que ser agradable recibir en tu casa al tío que poco más de un año atrás se estaba *chuscando* a tu novia. Pero yo necesito verle. Necesito saber que está bien y que ya no está enfadado conmigo. Porque sí, estuvimos juntos,

pero es que precisamente porque nos quisimos necesito verle. Porque cuando das por terminada una relación con alguien así, luego le echas de menos a niveles que son difíciles de sobrellevar. Sobre todo cuando te decantas por otra persona, y se supone que no puedes estar mal ni echar de menos a la otra, porque eso ya significaría algo. Y sí significa algo. Significa que te importó como persona y que dejó una huella en ti, a pesar de que no fuera amor del de verdad el que os uniera.

Eso fue lo que le dije al *elegido* para que entendiera que necesitaba esa cena y que además quería hacerle partícipe a él también. Él, como buen cabezota, al principio me mandó a tomar vientos. Pero bastó una conversación más para que aceptara y entendiera que para mí era importante.

Cuando salgo del dormitorio, la mesa ya está puesta y el olor de la cena ha cambiado significativamente desde que la dejé en sus manos. Darío ya no llora, y me miran los dos haciéndome sentir la mujer más afortunada del mundo.

—¿Me sustituyes? Para que me pueda vestir.

—Claro, aunque así estás muy guapo también —le digo sonriente mientras pasa por mi lado y yo intento quitarle la toalla.

—No me provoques, que si no, no habrá cena ni visita.

Y, guiñándome un ojo, se mete en el dormitorio pero sin cerrar la puerta, el muy cabrón.

Yo doy de cenar a Darío antes de que lleguen nuestros invitados, para poder acostarlo y pasar la noche sin lloros ni reclamos de atención. Mientras, con el rabillo del ojo, le observo vestirse. Él sabe que lo miro, así que lo hace todo muy despacio y con detenimiento. Yo lo miro, divertida, hasta que Darío reclama mi atención.

Sale del dormitorio con su portátil y veo que lo abre y pone algo de música. Suena *Crazy*, de Daniela Andrade.

—¿Quieres bailar? —me pregunta tendiéndome la mano.

Le doy mi mano y me dejo llevar por él, por la magia que siempre ha existido entre nosotros, y por la música.

Bailamos abrazados en nuestro pequeño salón, mientras Darío nos mira divertido, como si se estuviera preguntando qué estamos haciendo. Mientras nosotros, en nuestro mundo particular, disfrutamos el uno del otro. Sus manos se pasean por mi espalda y mi cintura mientras le abrazo todo lo que su tamaño me permite. Siempre me encantó esa sensación de sentirme pequeña entre sus brazos, mientras él me envuelve con ellos, como si no quisiera que me escapara jamás de su lado.

Porque si algo bueno tuvo nuestro comienzo es que pudimos darnos cuenta de lo mucho que nos dolía estar separados, porque por circunstancias que descubriréis más adelante, no nos quedó otra opción. Gracias a eso ahora disfrutamos aún más de este momento, en el que la magia nos envuelve haciéndonos volar.

Para que lo entendáis mejor tenemos que remontarnos unos meses atrás, exactamente un poco más de año y medio.

¿Preparados?

Pues agarraos, porque desde ya os aviso de que va a ser intenso.

Nuestra historia

Antes de empezar con la historia creo que debo presentarme. Mi nombre es Noelia y yo diría que soy una chica completamente normal. En ese momento podría dar gracias al cosmos, a Dios, o a quien fuera que estuviera arriba por haber podido encontrar trabajo de lo que me gustaba.

No era mi trabajo soñado, también he decirlo. Trabajaba en una pequeña revista de nivel local en la que ganaba lo justo para poder pagar el seguro del coche y comer algo más aparte de pan y mantequilla. Así que tampoco me quejaba. Tenía la esperanza de poder ir ascendiendo poco a poco. Mi jefa era un sol, o al menos lo era cuando estaba de buenas. Así, podríamos decir que llevaba la vida normal que podía tener cualquier persona en aquel momento. Un trabajo de mierda, pero que te da de comer.

Había muchas cosas que me apasionaban y el amor no era una de ellas. No era una cuestión de rechazo completo a todo lo que fuera el sexo masculino. Al menos, aún no había llegado a ese punto. Era más bien cuestión de pereza. Pereza porque tus emociones dependieran de otra persona y ya no solo de ti

misma, por tener que aguantar a alguien con sus idas y venidas solo porque estás enamorado... Pereza por sufrir y que te hagan daño. Y que después necesites al menos un siglo y medio para poder recuperarte y pasar página. Cuando vuelves a conocer a alguien, te vuelves ñoño y manipulable de nuevo y empiezas a parecerme más a un unicornio rosa que escupe arcoíris por la boca que a un ser humano. Y, puestos a elegir, yo prefería parecerme a un zombi de *The Walking Dead*. La cosa es que te conviertes en algo así para volver a pasar por el mismo proceso de antes. Y al final se te va la vida enamorándote y desenamorándote una vez tras otra. Y yo no pensaba desperdiciarla así. Ya hacía tiempo que había mandado a Cupido a tomar por saco.

Esa decisión la tomé el día en que me encontré a mi novio tirándose a otra en el nidito de amor que acabábamos de alquilar juntos cuando entramos en la universidad. Obviamente dejó de ser mi novio y dejó de ser nuestro nidito de amor. Todo pasa por algo, y yo me tomé como una señal divina eso de que estar conmigo misma y con mis amigos era la mejor opción.

Tampoco le daba muchas vueltas al tema, porque ya tenía todo lo que necesitaba en la vida. Tenía una familia que adoraba a pesar de desear matar a mi hermana día sí y día también. Pero bueno, eso yo creo que es algo normal entre hermanos, sobre todo cuando se trata de dos mujeres completamente opuestas y que apenas se llevan cinco años.

Tenía unos amigos increíbles. Voy a empezar por Sil. No porque sea señorita, ni mucho menos. De hecho, dudo que se la pueda definir así. Sil era algo así como mi alma gemela. Estaba loca y era más bruta que un arado, pero eso formaba

parte de su encanto. Se pasaba los días planeando a quien *triscarse* por la noche y su catálogo era algo más largo de lo que a ella le hubiera gustado. Pero era una mujer que plantaba los ovarios sobre la mesa y decidía qué hacer, con quién y cuándo. Ella ponía los límites y ellos se limitaban a aceptarlos o no. Paseaba sus largas piernas dejando sin aliento a quien estuviera alrededor, daba igual si era hombre o mujer. Y no era por su físico, que también. Era por esa personalidad arrolladora con la que, sin necesidad de palabras, decía «aquí estoy yo y vengo a dejar huella».

Era administrativa en una empresa en la que casi todo el sector femenino le hacía la vida imposible y su jefe intentaba acostarse con ella, y por mucho que ella decía que no, él no desistía en el intento. Ella decía que tampoco era para tanto, pero a mi parecer aquello llegaba a rozar el acoso. En realidad, detestaba su trabajo, siempre decía que se había equivocado de carrera. Que el hecho de que *Victoria's Secret* tardara tanto en ficharla la confundió. Y que, desesperada, se arrimó a lo que entonces hacía todo el mundo porque tenía más «salidas».

Otro de mis compañeros de vida, por no decir el principal, era Omar, mi mejor amigo. Sin duda, si había alguien que podría soportarme y al que no me molestaría soportar durante toda mi vida, era él. No había día en el que no habláramos, nos mandáramos mensajes... Nos conocimos... ni siquiera sé exactamente cuándo. Tendríamos igual tres años o incluso dos. Sus padres se mudaron a la pequeña finca que había al lado de la nuestra y crecimos juntos. Nos elegimos como compañeros desde el día en el que nos peleamos por un juguete y, como dos buenos amigos, llegamos a la conclusión de que sería

más divertido compartirlo. O al menos esa es la historia que siempre nos cuenta mi madre.

Fuimos juntos a la guardería, a preescolar, al colegio, al instituto... e incluso en la universidad aunque cursábamos estudios distintos, nos pasábamos los días juntos. No había nada en el mundo que no supiéramos el uno del otro.

Omar había estudiado filología y él sí había tenido suerte con lo suyo. Hacía unos años le habían dado trabajo en una editorial que además le encantaba. Así que se había tenido que mudar a la capital, que estaba a una hora de donde vivíamos. Por tanto, pasamos a vernos menos pero eso no nos distanció.

Como no podía ser de otro modo, compartía con él dos de mis grandes pasiones: el baile y el surf. De hecho, pocas veces bailábamos o surfeábamos el uno sin el otro. También compartíamos el amor por los libros. De hecho, cuando vivíamos cerca teníamos por costumbre ir los jueves el uno a casa del otro y los dos, tirados en la cama, leíamos cada uno lo que nos gustaba. A veces uno le leía al otro, otras veces nos intercambiábamos los libros, y otras veces simplemente mirábamos al techo y nos quedamos a solas con nuestros pensamientos, pero siempre juntos.

Los animales eran otro amor incondicional. Aunque ese amor tenía nombre: Bombón. Ya os hablaré de él más adelante.

No estaba en un momento en el que quisiera comerme el mundo, porque tampoco sentía esa necesidad. Estaba bien, tranquila, con un trabajo con el que podía subsistir medianamente bien, vivía con mi padre al que adoraba, y tenía una rutina que no me amargaba la vida. Nunca fui una persona

que llevara muy bien los cambios. Digamos que cuanto más controlado lo pudiera tener todo, más feliz era.

Por favor, no me toméis por una controladora compulsiva. No tengo las cosas organizadas por colores, ni los libros alfabéticamente, ni soy incapaz de salir de casa si no he doblado la ropa o hecho la cama. No. Simplemente estaba cómoda con las cosas que tenía y me gustaba mucho mi vida tranquila, sin sobresaltos ni cambios bruscos. Ya tendría tiempo de agobiarme y de vivir un vendaval de emociones más adelante. Ya lo veréis.

Generalmente soy una chica muy alegre siempre y cuando no parezca que me han metido un palo por el culo, porque me suele pasar. No que me metan un palo por culo, gracias a Dios. Pero sí que lo suele parecer. Sobre todo cuando creo que debo comportarme de una forma determinada o cuando siento que la gente espera algo concreto de mí.

También he de avisaros de que soy un poco dramática en ocasiones y puedo llegar a removerme en mi mierda a niveles de los que no me siento especialmente orgullosa. Pero cada cual afronta las situaciones y desgracias a su manera, yo con el tiempo espero aprender que esta no es la manera más sana y que hay otras formas con las que afrontar las tristezas y las desgracias.

El origen de mis problemas suele ser que actúo sin pensarlo, con ganas de dejarme llevar y sin miedo a lo que ocurrirá después. Y es que además, soy ese tipo de personas que después se comen la cabeza a más no poder, siempre poniéndose en lo peor. No es que sea la mejor manera de actuar y de ser, ni mucho menos la más sana. Pero soy así, y aunque hasta la fecha no he conseguido aprender a pensarme

las cosas antes de hacerlas, sí que he aprendido que «a lo hecho pecho» y que de nada me sirve darle vueltas después.

Bueno, hechas las presentaciones, creo que viene siendo hora de que sepáis más o menos de lo que hablo y de que conozcáis a todos los que ya os he presentado y a los que están por venir, para que los queráis u odiéis como lo hice yo.

Allá vamos.

Aquí es donde empezó nuestra historia.